

IMAGO MUNDI: LA CONSTRUCCIÓN LITERARIA DE LA GEOGRAFÍA MÍTICA, FANTÁSTICA Y POLÍTICA

José Manuel Querol

Universidad Carlos III, I.E.S. Lázaro Cárdenas

Los espacios en blanco siempre fueron en los mapas territorio donde imaginar utopías, donde ejercitar la especulación performativa, que luego, alcanzados y redibujados por navegantes y exploradores que les asignaron nuevos significados, acabaron normalizando su valor proyectivo, aunque algunos conservasen durante mucho tiempo después el halo de leyenda y ensoñación con el que ingresaron en nuestra imaginación cultural.

A la cosmovisión moderna puede parecerle infantil la representación de los antiguos modelos del mundo, si bien esta puerilidad resulta que tiene más que ver con un interés simbólico y vivencial en la geografía antigua que con el de la representación física documental; por otra parte, tampoco la validación de la experiencia geográfica contemporánea está exenta de la construcción de elementos interpretativos que tienen su origen en los modelos gnoseológicos generales y en su desarrollo histórico endocéntrico.¹

Es muy tardío, mucho más de lo que podemos pensar, el giro hacia la prevalencia de los sistemas de observación empírica en la construcción de nuestra imagen del mundo. Si en el siglo XVII la descripción geográfica de los exploradores de la Francia antártica daba lugar a las especulaciones de Montaigne sobre los caníbales, en quienes sin embargo creía reconocer el acento griego de la Edad Dorada, un siglo más tarde Rousseau aún componía su teoría del buen salvaje con las observaciones del mismo texto de Jean de Lerry, a pesar

¹ Esta es la conclusión de los postulados de la Geografía de la Percepción de Bunge o Lowenthal que construyeron en la década de los 60 un esquema de aproximación a la desviación «sentimentalizada» podríamos decir, de la geografía (Lowenthal, 1961: 241-60 y Bunge, 1962: 346-59). Desarmada de los planteamientos marxistas originales, la Geografía de la Percepción puede ofrecérsenos como instrumento viable para una Geografía Cultural importante para establecer el modo generador de estructuras de modelización del mundo tal y como las planteo tiempo atrás Cassirer (1984).

de las conclusiones de Bouganville después de dar su vuelta al mundo, mientras que Sade, al tiempo, componía en su *Aline et Valcour* una geografía de repúblicas fantásticas en las que la realidad de los antropófagos tupinanbou era relegada al olvido por el mito ingenuista postrousseauiano. De la misma manera, la geografía fantástica del universo en nuestros días compone en el imaginario literario, y hasta en el político, un sistema de poblaciones y regiones hechas a imagen y semejanza nuestra que se dan cita en la ciencia ficción y en las llamadas novelas de no-ficción (pseudoensayos)².

La construcción del imaginario espacial fantástico se teje desde la noche de los tiempos en los telares de historias que provee el pensamiento mítico una vez fosilizado y eufemizado, reciclando significados, adaptándose a los sucesivos modelos culturales de representación, aunque respetando el orden teleológico que les anima y que proyecta imágenes armónicas, dando así un *lugar idóneo* (como en las teorías medievales de Nicolás de Oresme) en las regiones ignotas, inexploradas, vacías en los portulanos y mapamundis, al reino de la utopía social y política tanto como a los monstruos terribles nacidos del miedo que habitan tras aquellas puertas que cierran las *habitaciones del alma* que nombrara Quincey. Estos espacios alterados, universos distópicos donde experimentar ensayos político-morales (y hasta demencias personales), o donde refugiar los anhelos perdidos en el devenir histórico (como imagen de la frustración de un futurible) reemplazan con nuevos símbolos los viejos significados de las creencias mitológicas que son a veces refugio de la ontología heterodoxa de quienes rechazan la imperfección social de nuestro mundo.

Hay, además, una continuidad histórica en las reglas de generación fantástica de estos espacios que encuentra correspondencia con las viejas formas mitológicas; las divisiones espaciales básicas descritas por Durand (1981) nos permitirían diseñar un mapa de regiones gobernadas por regímenes diurnos, grandes extensiones ctónicas, elementos posturales que forman penínsulas ideológicas que perviven en formas muy diversas de nuestra cosmografía cultural: del *ómphalos* griego al *Fresno Universal* germánico para encajarse en el

² Un recorrido más amplio sobre este proceso puede verse en nuestro trabajo (Querol y Reyzábal, 2008: 139 y ss.); para el universo alienígena de la ciencia ficción, véanse las pp. 283 y ss.

axis mundi medieval y hasta en la proyección colonialista moderna del mapamundi de Mercator. El viaje por el mundo de los muertos de Ulises o Eneas, o el sid céltico, reino subterráneo donde son desterrados los dioses de Irlanda, reaparecen en estructuras eufemizadas recurrentemente con valores entrópicos en las elucubraciones fantásticas sobre los intra-terrestres o, más allá, en las demenciadas teorías sobre la Agartha nacional-socialista.

Para el pensamiento mitológico antiguo, la importancia de la *físis* era sólo relativa; la *imago mundi* que presenta, por ejemplo, el *Pentateuco* no parece tener ningún interés en responder a preguntas de carácter formal, sino a las teleológicas que el mundo suscita. Su respuesta, presentada en el *Génesis* (2, 8-14), contesta a la finalidad del mundo y a los procesos de su creación, elaborando un esquema geográfico del Paraíso Terrenal simple y de tendencia claramente centrípeta y orden jerárquico, rasgo común de todos los sistemas gnoseológicos religiosos, en los que el orden simbólico altera la percepción, o más bien *informa* la percepción.

Al margen de las fuentes del mito del Paraíso (la mitología sumerio-babilónica y la ugarítica) que no vamos a discutir aquí (Poupard, 1987), lo cierto es que el folklore hebreo ofrece ya, curiosamente, una visión más detallada de ese *Oriente - Paraíso* que encierra un modo perceptivo original que se hará sincrético en la Edad Media atravesado por las tradiciones celtogermánicas de substrato cultural y que terminará dando lugar a una de las primeras geografías fantásticas, quizás la de mayor relevancia y proyección de cuantas haya habido en Occidente. La imagen del Paraíso que proporciona el *Génesis* 2 y los textos folklóricos hebreos comunica en la Baja Latinidad y la Alta Edad Media, conjuntamente con los elementos de substrato incorporados, una percepción vívida de este *locus divinae amoenitatis* que decía Tertuliano;³ como advierte Patch (1983: 142), la gente de la época estaba convencida de que el Edén estaba no mucho más lejos que la línea del horizonte, tan difícil y al tiempo tan fácil de alcanzar como las maravillas que describían los viajeros que volvían de Oriente (Coli, 1897: 60).

La terrenalidad del Paraíso que aparece cartografiada en los beatos del siglo XII o en mapamundis como el de Ebstorf (1234) en el extremo oriental del

³ Véase Tertuliano, *The apology*: vol. III, xlvii, p.52.

mundo tiene armazón bíblico, pero, en el imaginario occidental, la toponimia acepta también las huellas de las antiguas creencias precristianas a las que se superpone la imaginación clásica sobre las regiones periféricas de la *oikoumene*. En cierta manera, la imagen medieval del Paraíso en la tierra salvaguardaba a un tiempo las viejas creencias y el orden moral en forma de espacio donde podía proyectarse la maravilla divina y la esperanza que, en términos medievales, estaba teñida con los colores de la utopía religioso-política; podríamos decir que el Paraíso se eufemizaba en diferentes imaginarios sociopolíticos con resultados a veces desconcertantes.

La fantasía geográfica medieval tiene un componente simbólico que habla de la nostalgia del orden y de Roma, y se manifiesta en los siglos XII y XIII al amparo literario del *roman courtois* como aval de la monarquía anglonormanda de los Plantagenet pero, y sobre todo, como forma simbólica del anhelo de restauración de Roma bajo la fórmula política del Sacro Imperio. Camelot, el reino de Arturo, es imagen que revierte en la retina otros paraísos de justicia íntimamente relacionados con la mitología cristiana sembrada en los campos del universo mitológico céltico y que da lugar a ensoñaciones como Ávalon o Sarras (Montsalvach), la ciudad que guarda el Santo Grial. En el pensamiento de los troveros estos lugares se forjaron como alegoría (a veces herética, hay que reconocerlo) de un reino de justicia divina que corría parejo al Reino de los Cielos que estaba tomando forma geopolítica real al mismo tiempo en Jerusalén.

Pero no todo era puro simbolismo, y cuando Saladino hizo despertar en Hattin (1187) a los cruzados del sueño del Oriente Latino la política occidental refugió sus esperanzas en la salvación venida desde ese Paraíso Terrenal que se extendía al oriente de los sarracenos. Todo comenzó poco tiempo antes, en 1145, cuando Otto, obispo de Freising, anotó en la *Historia duabus civitatibus*, que Hugo, Obispo de Jabala, le había hecho saber de la existencia del Preste Juan, rey de unos cristianos que vivían en el este, más allá de Armenia. Este enigmático rey, a quien muy pronto se hizo descendiente de los Reyes Magos, simbolizaba la esperanza de ayuda para defender Tierra Santa. El reino del Preste Juan tomaba cuerpo en una carta supuestamente enviada por el propio Preste en 1177 al Papa

Alejandro III, al emperador Manuel I Comneno y a Federico Barbarroja, epístola que fue contestada por el Papa intentando encontrar en él un aliado⁴.

En el Reino del Preste Juan se concentraban todas las maravillas y portentos que la tradición clásica había consignado en los confines del mundo, y las criaturas que aparecían en las *mirabilias* de Plinio o de Solino podían seguir teniendo un lugar donde habitar; los mapamundis de la época, como el de Hereford (1290), los consignaban en la remota Asia o en el este de la inexplorada África⁵.

Por ello, cuando Marco Polo llegó a Catay no podía sino asombrarse de no encontrar tal reino ni ninguna de las maravillas descritas en las cartas,⁶ pero las dudas de Micer Polo no fueron obstáculo para que la fantasía se apropiase de los deseos y proyectase sobre aquél espacio, en las fronteras mismas del Paraíso, toda la tradición literaria sumada a la necesidad de encontrar un refugio donde escapar del inestable y terrible siglo XIV; este es el marco en que se inscriben los fantásticos viajes de Mandeville, escritos a mediados de la centuria, en los que, como no podía ser de otra manera, la imaginación literaria corrigió, aumentó y añadió todo lo que pudo ocurrírsele a la carta del sucesor del apóstol Tomás.

Mandeville usó todas las fuentes disponibles en la época para la confección de su relato, desde libros de viajes auténticos, como el *Itinerarium* de Odorico de Pordenone, o el de Juan del Plano Carpino, a textos históricos como los de Alberto de Aix, Jaques de Vitry o Guillermo de Trípoli; también usó compendios generales (el *Speculum Naturale* y el *Speculum Historiale* de Vicent de Beauvais), que a su vez recogían fuentes clásicas y patrísticas, y textos literarios (los ciclos de Alejandro, Carlomagno o Arturo), hagiografías (la *Legenda aurea* de Jacobo de Vorágine) y todas las fuentes primarias, las apócrifas (la carta del Preste Juan), y las clásicas (Herodoto, Plinio...), terminando por construir uno de los ejemplos más

⁴ Véanse algunas de las diferentes versiones de la carta editadas por Javier Martín Lalanda (2004). Véase también el estudio recopilatorio, aunque divulgativo, de Villarubia (2007).

⁵ Véase el Libro V de la *Historia Naturalis* de Plinio. En el Libro VII cap. II aparecen diversos pueblos con características fantásticas (Véase Querol y Reyzábal, 2008: 31). Para Solino, cfr. *De mirabilibus mundi*, caps XXX y XXX.

⁶ Véase Polo, Marco; *Libro de las Maravillas*; CLXVII, CLXX, CLXXIII, CXCVIII donde el viajero intenta encontrar las huellas de estos seres fabulosos.

fantásticos de los *compendios de mirabilia* medievales (Querol y Reyzábal, 2008: 52-53).⁷

La fabulación de Mandeville inflamó después la imaginación de Colón, quien también, en la carta que envió a Luis Santángel en 1493, se extrañaba de no haber encontrado los seres fabulosos descritos por la tradición: *En estas islas fasta aquí no he hallado ombres mostrudos como muchos pensauan, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento* (Colón, 1982: 144), y en toda la correspondencia colombina sólo se hace mención, y de oídas, a los cinocéfalos, a los hombres sin cola (ilusión de la que tampoco escapó Marco Polo) y a las sirenas, único de los portentos que Colón decide confesar que ha visto (Gil, 1989: 24 y ss.).

El Reino del Preste Juan continuó nutriendo la imaginación de los marinos portugueses hasta perderse en la nebulosa leyenda del Negus etíope, ingresando en la lista de los paraísos perdidos en los avatares de la Historia, y como Thule o las Islas Afortunadas, que aún aparecían en los portulanos de los siglos XV y XVI, fue desapareciendo del imaginario occidental, empequeñeciéndose hasta desaparecer.

Pero la funcionalidad política del espacio físico y el mitológico ha sido siempre uno de los usos más relevantes de la imaginación geográfica. El primer ejemplo aparece en Platón y su descripción de una sociedad ideal sostenida por elementos del folklore y la mitología y reelaborados como material pseudohistórico. El mito de la Atlántida nace con él en el *Crítias* y en el *Timeo*. En el *Crítias* narra la leyenda, y en el *Timeo*, Critias vuelve a hablar de la Atlántida en el contexto del debate sobre la sociedad ideal, centrándose en la historia, geografía, organización y gobierno, para luego comenzar a contar, dejándolo inacabado, cómo fue que los dioses decidieron castigar a los atlantes por su soberbia.⁸

La Atlántida platónica es el reino de la justicia y la virtud y con un alto contenido mitológico preñado de fatalidad pero, y sobre todo, está impregnada de un importante contenido moral: los reyes atlantes, descendientes de Poseidón,

⁷ En la Carta del Preste Juan no todo era sin embargo fabulación y simbología, Gumilev entrevió las trazas históricas del mito en los nestorianos orientales (los naimanes) y sospechó de un reino lejano (Gumilev, 1994).

⁸ *Timeo*, 20d, 21d, 26e-23-e.

perdieron poco a poco la naturaleza divina y fueron castigados por los dioses a causa de su soberbia.⁹ Platón inició el proceso que continuarían con imaginación Estrabón,¹⁰ Posidonio, y luego Plinio y Plutarco¹¹, añadiendo detalles al relato de Crítias. En el Renacimiento la Atlántida se convirtió en alegato utópico humanista al tiempo que se fue poblando de elementos esotéricos (más que esotéricos, heterodoxos) en textos como *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon (1626), que no era sino una fantasía política sobre el progreso científico y técnico. El siglo XIX traerá, primero de mano de la literatura a través de Verne y sus *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y luego (en 1883) de la de Ignatius Donnelly y su delirante *Atlántida: el mundo antediluviano*, una nueva forma peligrosa de actualización del relato resultado de la actuación sobre él del esoterismo tardorromántico y que derivó el mito en prueba irrevocable de las teorías del *difusionismo* de Ratzel en su versión menos científica, la del *hiperdifusionismo monocéntrico* que aclamaron luego los antropólogos y arqueólogos de la *Ahnenerbe* nazi.

El libro de Donnelly produjo un efecto materializador del mito, especialmente por su influencia en *La Doctrina secreta* de Madame Blavatsky, quien supuestamente lo había escrito teniendo delante un manuscrito atlante, y así, en el *Libro de Dzian*, Blavatsky, no contenta con el subterfugio cervantino, llegaba a afirmar que los habitantes de la Atlántida eran una raza de humanos anterior a la nuestra que alcanzaron un desarrollo científico y cultural muy superior al que podríamos soñar; poco le haría falta más a Himler para afirmar que tal raza era la *aria* al amparo de la absurda *Teoría del Mundo Helado* de Hans Hörbiger. En cierta manera, la farsante Blavatsky estaba cimentando todo el misticismo esotérico nazi, no sólo con sus alucinaciones atlantes sino, y como veremos enseguida, con la especulación sobre Agartha. La historia del proceso es complicada pero, y sobre todo, dura aún en el pensamiento marginado y divergente, anhelante de la materialización de un mesianismo religioso que le ampare.

No en vano la modernidad tiñe sus contradicciones de alteridades imaginarias; el positivismo comtiano y el final de los espacios en blanco en los

⁹ *Critias*, 120e, 121c.

¹⁰ Estrabón; *Geografía*, II. 3.6.

¹¹ Véase Plinio el Viejo; *Historia Naturalis*, II. 92 y Plutarco; *Solón*, 26.

mapas provocó una reacción antimaterialista en contra que procedía de la recusación de la finitud de las expectativas románticas y del arrebató orientalista consecuencia del desarrollo colonial durante el siglo XIX. Al mismo tiempo que el Romanticismo introduce elementos espirituales materializados en la novela gótica como externación de los miedos, anhelos y temores de la subjetividad en expansión, reaparecen también en Europa formas de enfrentarse a la realidad hasta entonces soterradas, escondidas en cavernas iluministas, actualizadas ahora a través de la filosofía oriental que aún hoy dan juego a los desencantados de la política, de la física, de la cultura, a generadores de ilusiones alternativas que en casi todos los casos no producen sino extravagancias egotistas, fraudes espiritistas o maneras de llamar la atención que esconden, intencionadamente o no, peligros enormes para el desarrollo de la libertad del individuo preso de gurús, videntes, iluminados y líderes sectarios.¹²

Es el universo de la New Age, el ejercicio de síntesis perezosa, así podríamos llamarlo, que necesita de espacios secretos donde el individuo postrromántico, presionado y envilecido por los medios de producción, aniquilado por los sistemas totalitarios, diluido en la globalización del bienestar y la cultura de masas, pueda encontrar un hueco donde refugiarse como miembro de un grupo escogido para conocer una nueva fe y un orden alternativo en la Historia.

Detrás de la *Teoría de la tierra hueca*, de continentes perdidos como Agartha, Lemuria¹³ o la Atlántida, se esconde un *totum revolutum* de pensamientos fundados sobre la prevalencia de los complejos de inferioridad sumados a una lectura sin alcance intelectual de la mística oriental que tuvo su

¹² Incluso en alguna universidad norteamericana se ha defendido una tesis (supuestamente científica) en la que se afirma que la Atlántida era una sociedad enfrentada a Lemuria, en la que los vascos, debido a su teórica antigüedad genética, fueron los primeros pobladores europeos descendientes de los atlantes, y el vasco es el origen de la mayor parte de las lenguas del mundo y de la cultura céltica. Tal disparate es propiedad intelectual de Colin Rivas (Rivas, 1998), un ejemplo claro de los problemas que tiene la cultura kitsch postmoderna: no tomarse en serio eso de estudiar.

¹³ Lemuria, continente perdido que fue un supuesto teórico científico del geólogo inglés Philip Sclater que pretendía explicar la existencia de lémures en India y en el sur de África, que acabó siendo identificado con Mu, tierra mitológica que aparece descrita en los libros místicos tamiles de la India y convertido finalmente en la cuna de la tercera raza madre de las cuatro que teóricamente han habitado la tierra según teorías del Mundo Helado de Hörbiger.

valedor fundacional para la modernidad, aunque pocos lo sepan hoy, en la *Ahnenerbe* nazi. El estudio desorganizado de las fuentes mitológicas y la consideración historicista de sus discursos dio valor real a una *imago mundi* mitológica que, además, amalgamó fuentes medievales célticas (tan de moda hoy) como los *Inramas* o las *Aisling*, considerándolas formas probatorias universales de la existencia histórica de tales lugares por un exceso y desproporción de las premisas generales de los estudios de mitología comparada que iniciara Max Müller. Los mundos subterráneos de la mitología nórdica contenidos en la *Völuspà* y la *Ynglingasaga*, las leyendas sobre Thule, y la inventiva incontinente de la Blavaski dieron al imaginario nacionalista alemán, constreñido y humillado en Locarno y Versalles en 1918, pábulo al despropósito que luego engendraría el horror.

Das Ahnenerbe, o *Herencia ancestral*, era una organización fundada en 1935 por Himmler que pretendía aglutinar un conjunto interdisciplinar de estudiosos dedicados a encontrar las bases biológicas, históricas y morales de la supremacía de la raza aria desde una perspectiva pretendidamente científica y, al tiempo, indagar y aglutinar todo el pensamiento esotérico al que Himmler y Hitler eran adictos, reconstruyendo los espacios de heterodoxia gnóstica y mística considerados como sabiduría perdida de la raza aria desperdigada por todo el mundo (Pringle, 2007).

A la *Ahnenerbe* llegaron personajes salidos de un frenopático, como Karl Maria Wiligut, falsarios como Walter Darré, arqueólogos e historiadores con cierta reputación, como Franz Altheim o Walther Wüst, folkloristas (Grönhagen) y hasta algún buen especialista en Edad Media como Otto Rahn, y el trabajo de todos ellos, absurdamente, tenía como premisas las delirantes teorías de la *Tierra Hueca* y del *Mundo Helado* que fascinaban al Führer, y la obligación política de encontrar un lugar geográfico para la teórica patria primigenia de la raza aria.

La pasión nazi por el ocultismo, cuyo símbolo fue el gran escenario recreado en el castillo de Wellenburg, hundía sus raíces, como ya hemos avanzado, en la imaginación esotérica tardorromántica reunida en simbiosis con un nacionalismo exacerbado que en 1918 llevó a la creación de

agrupaciones ocultistas como la *Sociedad Thule*, origen del posterior Partido Nacional-Socialista Alemán, que aglutinaba en su ideario racismo, desconsuelo religioso y político y una gran dosis de fraude; los mismos elementos que desarrollarán los arqueólogos e historiadores nazis a los que sumarán el asesinato de inocentes y el pillaje de cuantos museos cayeron en sus manos durante la guerra.

El espacio fantástico creado por la ingeniería intelectual nacionalsocialista tiene varios frentes; quizás el más complejo sea el intento de la construcción del ámbito geográfico ocupado por los arios en las edades tempranas del hombre sostenido sobre los honrados, aunque incompletos y a veces erráticos estudios de la filología romántica alemana, los estudios de Bopp sobre el sánscrito o las teorías schillerianas sobre la poesía ingenua y sentimental, construyendo una geografía fantástica del indoeuropeo que se materializaría en la imagen de Crimea como patria ancestral de los godos, a quien todo ultranacionalista alemán veía como sus ancestros meridionales. En Crimea soñaba Himmler con construir la sociedad ideal nacionalsocialista compuesta de hermosas granjas ocupadas por señores feudales y soldados-granjeros (*Wehrbauern*) en las que volverían a la antigua religión germánica y sus ancestrales tradiciones, curando con plantas y conjuros mágicos y tocando el lur (Pringle, 2007: 293).

Pero el más llamativo y delirante ejercicio de geografía fantástica nazi tenía sesgos aún más curiosos, y además tiene aún proyección; muchos de los ensayos ficcionales sobre extraterrestres e intraterrestres de los habituales escritores de pseudoensayos científicos como von Däniken, Graham Hancock o nuestro J. J. Benítez participan, en algunos casos conscientemente y en otros ingenuamente, de las novelas y ensayos de otro de los miembros de la *Ahnenerbe*, el arquitecto Edmund Kiss, quien se empeñó en establecer las relaciones entre la Atlántida, según él primera patria de los arios, y las civilizaciones andinas precolombinas (Kiss, 1931: 256-265 y 1933: 138-144), a lo que se unió más tarde la fantasía de los ovnis que tuvo su origen iconográfico en el proyecto militar Hauneburg; de la combinación de estos elementos con una dosis alta de literatura victoriana ontologizada nacieron sociedades

esotéricas como la *Vril*, y de sus extravagancias otras como las de Hans Altmann (*Eine Deutsche Legende*), Ralf Ettl (*Z-Plan*) o Wolfgang Ziegler (*Das Erbe*).

Como en casi todo, *la pluma es más fuerte que la espada*¹⁴, Hitler y Himmler eran ávidos lectores impresionados por la estética postrromántica que diera a la luz los híbridos que fundamentan la ciencia ficción y, sobre todo, personajes necesitados de una alteridad personal y social, de una realidad alternativa que encontraron en la literatura fantástica. El origen de la Agathia nazi está, curiosamente, en una de las novelas del autor de *Los últimos días de Pompeya*, Bulwer-Lytton, *The Coming Race* (1875) y es también rastreable en alguna novela de Edgar Rice Burroughs, el creador de Tarzan,¹⁵ aunque todo esto no era ya nada nuevo, el imaginario romántico había experimentado su necesidad de abismo, de intensidad, en muchos paisajes extremos; el Polo y el viaje al mundo subterráneo no eran desconocidos en absoluto por los lectores educados en el romanticismo literario ni en la literatura victoriana; así desde Godwin (*Arktos*) a George Sand (*Laura ou le voyage dans le crystal*) o Poe (*Arthur Gordon Pym*), pasando por Alejandro Dumas (*Isaac Laquédem*), o Julio Verne (el *Voyage au centre de la terre* o *Le Sphinx des glaces*) formaron a la generación de principios de siglo en los escenarios literarios polares y subterráneos, que continuaron William Bradshaw (*The Goddess of Atvatabar*, 1892), Robert Ames Bennet (*Thyra, A Romance of the Polar Pit*, 1901), Willis George Emerson (*The Smoky God*, 1908) y Edgar Rice Burroughs (*The Pellucidarian stories*). Por otro lado, nada nuevo que no estuviera antes en la Historia Literaria desde Homero.

Estas eran sólo novelas que arrastraban el orientalismo colonialista que popularizó el mito tibetano de una civilización subterránea a la que se accede a través de puertas en los Polos y que había llegado a Europa de manos de Joseph Alexandre Saint-Yves d'Alveydre (*Mission de l'Inde*, 1886) divulgado después por autores como Ferdinand Ossendowski (*Beasts, Men and Gods*, 1923) Nicholas Roerich (*Altai-Himalaya*, 1929) o Edwin Bernbaum (*The Way to Shambhala*), y que tuvo consecuencias en los estudios serios de simbología como los del místico francés René Guenon (*El rey del Mundo*) tanto como en la literatura (*Horizontes*

¹⁴ Frase acuñada por Bulwer-Lytton, de quien hablaremos a continuación.

¹⁵ Véase *Pellucidar* (1923), en la que habla de las civilizaciones subterráneas.

lejanos, de James Hilton) en la década de los 30.

Blake y Bowler-Lytton fueron las influencias confesadas de la Blavatsky que dieron lugar al ocultismo nazi (Goodrick-Clarke, 1985 y Godwing, 1996), y probablemente también Louis Jacolliot, el primer occidental en mencionar Agartha en sus libros, pero, más allá de la literatura y la mística, Agartha se convirtió en un referente político ideal, y si en el pensamiento místico oriental Agartha es un reino psíquico, éste se materializó para los nazis, como se materializó el Paraíso Terrenal bíblico, adquiriendo después, en la posguerra, una doble dimensión especulativa, reavivando, en el rígido universo de la Guerra Fría, y sobre todo en las postrimerías de un siglo XX acuciado por un futuro sin petróleo y alarmado por el cambio climático, el argumento de la novela de Bowler-Lytton: el narrador es conducido por un ingeniero de minas a un mundo subterráneo poblado por una raza superior, los Vril-Ya, quienes poseen un poder misterioso que les permite vivir sin máquinas y sin las dependencias de la sociedad moderna, justo aquello que soñara Himmler en Crimea.

A partir de aquí, las dos nociones ideológicas básicas del libro, y de todo el pensamiento heterodoxo, se manifiestan como verdades hurtadas a los hombres por una sinarquía oculta y malévola que esconde ovnis en el Área 51, y la imaginación en Internet se disparata con agujeros en el Polo Sur que nos conducen a un reino nazi de felicidad o a las bases secretas nacional-socialistas en la Luna y en Marte tanto como a la reivindicación neo pagana de la New Age y sus realidades históricas alternativas tan adolecidas de peso intelectual como llenas de intenciones cuando menos turbias. Tras las elucubraciones sobre los *Haunebu* (los primeros platillos volantes nazis), o sobre la reclamación alemana del territorio antártico de Nueva Suabia, tras el relato alucinado del almirante Byrd en 1946 y el avistamiento de ovnis en la tierra a partir de 1947, lo único que hay es el relato metasimbólico y mitológico de la Guerra Fría; eso y la nostalgia de un mundo perfecto, de un Paraíso Terrenal donde el hombre no sea un ser arrojado a la existencia, un solitario en un desierto en el que debe actuar sin guía (la nostalgia de Dios), y un deseo infantil, manifestación de la debilidad y de un condicionamiento histórico ancestral, de ese rey-sacerdote,

dios-extraterrestre y gobernante en la sombra que dé finalidad a nuestras pequeñas vidas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (2004): *La carta del Preste Juan*, (ed. Javier Martín Lalanda) Madrid: Siruela
- BARING GOULD, Sabine (1867): *Myths of the Middle Ages*, Boston: s.r.e.
- BUNGE, William (1962): «Theoretical Geography» en E. Fred Dohrs y M. Lawrence Sommers (1967), *Introduction to Geography: Selected Readings*, New York: Thomas Y. Crowell Company, pp. 346-59.
- CASSIER, Ernst (1984): *La filosofía de las formas simbólicas*, (3 vol.), México: FCE.
- COLI, Edoardo (1897): *Il Paradiso Terrestre dantesco*; Firenze: Pubblicazioni del R. Istituto di Studi Superiori e Patrici e di Perfezionamento in Firenze, Sezione di Filosofia e Lettere.
- COLÓN, Cristobal (1982): *Textos y documentos completos*, (ed. Consuelo Varela), Madrid: Alianza.
- DURAND, Gilbert (1981): *Las Estructuras Antropológicas de lo Imaginario*, Madrid: Taurus
- ESTRABON (1998): *Geografía*, (Vol.II, libros III-IV), Madrid: Gredos.
- GIL, Juan (1989): *Mitos y Utopías del Descubrimiento, Colón y su tiempo*, (Vol. 1), Madrid: Alianza.
- GODWIN, Joscelyn (1996): *Arktos: The Polar Myth in Science, Symbolism and Nazi Survival Kempton*, Illinois: Adventures Unlimited Press.
- GOODRICK-CLARKE, Nicholas (1985): *The Occult Roots of Nazism: Secret Aryan Cults and Their Influence on Nazi Ideology*, Northamptonshire, U.K.: Aquarian Press.
- GUMILEV, L.N. (1994): *La búsqueda de un reino imaginario*, Barcelona: Crítica.
- KISS, Edmund (1931): «Die Kordillerenkolonien der Atlantiden», en *Schlüssel zum Weltgeschehen*, núm. 8/9 pp. 256-265.
- (1933): «Nordische Baukunst in Bolivien?» en *Germanien*, pp. 138-144.
- LOWENTHAL, David (1961): «Geography, Experience and Imagination: Toward a Geographical Epistemology» en: *Association of American Geographers*, Vol. 51, pp. 241-60.

- MANDEVILLE, John (2001): *Los viajes de Sir John Mandeville*, (ed. Ana Pinto) Madrid: Cátedra.
- MAUSO, Pablo (2007): *El fantástico reino del Preste Juan*, Madrid: Santillana Ediciones Generales.
- PATCH, Howard R. (1983): *El otro mundo en la Literatura medieval*, México: F.C.E.
- PLATÓN (2003): *Diálogos*, Madrid: Gredos, 9 vols. Vol. VI: *Filebo. Timeo. Critias*.
- PLINIO EL VIEJO (1998): *Historia natural* (trad. María Luisa Arribas), Madrid: Gredos
- PLUTARCO (1947): *Vidas Paralelas Solon Publicola Temistocles Camilo*, Madrid: Espasa Calpe.
- POLO, Marco (1999): *Libro de las Maravillas*, (trad. María de Cardona y Suzanne Dobelmann), Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- POUPARD, Paul (ed.) (1987): *Diccionario de las Religiones*, Barcelona: Herder
- PRINGLE, Heather (2007): *El plan maestro*, Barcelona: Debate.
- QUEROL SANZ, J. M. y Reyzábal, M^a V. (2008): *La mirada del otro. Textos para trabajar la educación intercultural y la diferencia de género*, Madrid: La Muralla.
- RIVAS, Colin (1998): *The Origins of The Basque Languages and Peoples*, M.A. Thesis for department of Foreign Languages at California State University at Northridge, dirigida por el Dr. Brian Castronovo,
- SOLINUS (1847): *De mirabilibus mundi*, (ed. Theodor H. Mommsen), Paris: C.L.F. Panckoucke edition.
- TERTULIANO (1885): *The apology*, en *The Ante-Nicene Fathers*, Vol. III, (ed. Alexander Roberts y James Donaldson), Búffalo: s.r.e.